



CAPÍTULO ÚLTIMO

En el cual sabrá el lector el paradero de sus conocidos, sin hacerse ilusiones para el porvenir

LA ensalada, según Brillat Savarin debe tener las condiciones que desearíamos tuviera la nuestra; los italianos recomiendan la *ensalata ben salata*; por esto nos cabe duda acerca de la presente, porque la sal es uno de los artículos que al escritor suele escaseársele, mal que le pese.

Ojalá que muchos de nuestros benévololectores encuentren que esta ensalada tiene suficiente sal!

En cuanto á la pimienta, no tene-

mos la misma duda; porque la pimienta abunda en las costumbres actuales, y el pollo tiene por naturaleza si no mucha sal, al menos la pimienta suficiente.

Pero en lo que están contestes, en materia de ensaladas, autoridades competentes, es en que la ensalada debe revolverse á satisfacción; casi tanto como las elecciones ó como París.

Al llegar el autor al cumplimiento de esta prescripción, revolvió en efecto la ensalada, pero como esta operación es larga y puede cansar á los lectores, y además, en esta revolución las cosas se irían poniendo de mal en peor hasta el grado de presentar fases horripilantes, hemos preferido dejar el platillo en paz y ofrecerlo al lector, no sin dejarlo satisfecho en cuanto á la suerte de los personajes por quienes haya podido interesarse.

Por otra parte, la índole del género

de literatura que ensayamos nos obliga á no ser difusos, á escribir libros pequeños, según lo hemos ofrecido; y desde luego falta á nuestra pobre pluma el espacio necesario para retocar y acabar sus originales.

Pero cuando á la vez estamos ciertos que el lector, con todo y ser tan amable, no nos perdonaría la estravagante humorada de dejarlo en la mitad del camino, nos comprometemos desde luego á no privarlo, en lo de adelante, de sus buenos conocidos.

Seguiremos tras de Concha, paso á paso, hasta su calvario, seguiremos á los Píos; que no porque con el tiempo dejen de ser pollos, dejarán de ministrarnos materia, sabrosa de leer, en algunos capítulos, y llegaremos, en fin, por nuestra perseverancia y la de los lectores, á un término de cosas en el que, tal vez algunas y muy provechosas máximas se deduzcan.

Por lo pronto volvamos al general.

El general se había ocupado, hacía algunos días, de la aritmética, con más tesón de lo que ordinariamente conviene á un general.

El general discurría así:

—Concha es muy hermosa; pero mi lote de convento ha desaparecido. Una adjudicación ha absorbido á la otra. Item más, casi toda mi liquidación. Luego debo dejar á Concha y meterme á la bola. Es necesario habilitarse de nuevo; yo le escribiré esta noche á mi compadre y al gobernador de..... Resueltamente me equipo y me lanzo á la revolución, la tesorería flaquea ¡á la bola! Concha me ha derramado la bilis; ¡á la bola! La revolución ha tomado cuerpo; ¡á la bola! Corro riesgo de quedarme de coronel; ¡á la bola! Y lo que es en esta vez no he de ser zurdo; ¡á la bola!

Con esto y con que Casimira, oficiosamente, le contara al general los trapicheos de Concha con Pío Blanco y lo de Ixtacalco, el general puso su renuncia, que la misma Casimira se encargó, gustosa por supuesto, de presentar á Concha.

Después de lo cual, el general, ya libre como don Jacobo y como Pedrito y como otros muchos, se lanzó á la revolución.

En cuanto á Concha, mediante esa estúpida operación (reservada al ser que piensa) por medio de la cual el alma queda á medio vivir, la inteligencia á medio discurrir ó á discurrir al revés, la razón á medio perderse y el juicio perdido completamente; por medio de esta operación, decimos, Concha se entregó á un paréntesis que representaba otro descenso.

Concha se encontró sin Pedrito y

sin el general, y frente á frente de Pío Blanco, ó por mejor decir, en su poder.

Pío Blanco hubiera gritado ¡aleluya! si el latin ó la misa le hubieran dejado siquiera ese recuerdo; pero su felicidad tuvo una expresión menos clásica y mucho más en analogía con sus costumbres.

Tan luego como tuvo conocimiento de la vacante, se dirigió á la vinatería de Huergo y se proveyó de ostiones y otras conservas alimenticias, compró Chartreux verde, licor de los Benedictinos, Aya Pana, Vermouth de Turino, agregó un jamón de Wetsfalia y un gran trozo de queso fermentado de Gruyere.

En seguida tomó en la casa de Escabasse cien pesos de perfumes, entre los que predominaban el Ilang-ilang, la violeta de los Alpes, y otros no menos esquisitos.

Todo esto era la suprema felicidad. Pollo alguno se vió jamás tocando esa dicha de sultan. Casi no tuvo tiempo de avisar y Pío Blanco se eclipsó.

Pío Prieto siguió siendo la orquídea de Pío Blanco, como lo había sido de Arturo; se encargaba de la jubilación y la cesantía de las prendas de ropa de Pío, y de contraer deudas á su sombra.

Dejemos que estos pollos se pongan roncós, con la precocidad usual de estos tiempos, y el lector los encontrará más tarde, en su segundo y no menos edificante periodo.

Doña Lola y don José seguían bien, en su inalterable amistad, esperando la vuelta de don Jacobo y de Pedrito, con la misma tranquilidad con que nosotros esperamos muchas cosas que no han de llegar.

Casimira llegó á conseguir su obje-

to, pues nadie conocía en México á Concha por otro nombre que con el de *Concha la sacristana*.

Este triunfo fué el más preciado galardón para la bizca.

Rafael y Pepe, arruinados y huérfanos, concibieron un ódio á muerte á los restos de la guerrilla de Capistrán, especialmente Rafael, que juró, por su amor, la muerte de todos los que tomaron parte en su desgracia.

A Sara y á Ernestina las veremos más tarde desempeñando el interesante papel de mamás, que no habrá más que pedir.

¿En dónde están los séres virtuosos, las almas puras, los jóvenes sin tacha, los modelos, en fin, que se deben imitar? ¿Será posible que ya no exista nada de eso? ¿Esta es la sociedad? ¿Así son todos? ¿Adónde vamos á parar? ¿En qué época vivimos? ¿Y el amor, y

la fé y las virtudes todas adónde se han refugiado? ¿Qué realismo es este tan espantoso?—¡Protesto!—Yo también!—¡Facundo se equivoca! lo vé todo negro! Exigencia! imaginación! mentira!....

Consolaos, si podeis; estais en vuestro perfecto derecho: por nuestra parte creemos no haber pecado contra la exactitud histórica, sino en el sentido de haber guardado silencio acerca de más cosas que sabemos todos.

Nuestros personajes están á la vista del lector; ahí por esas calles de Dios, en todas partes; fijaos bien y los reconocereis.—¡Sobre que no hemos hecho más que copiarlos! y no así como quiera, sino por su turno riguroso, sin elegir, sin preferir á nadie.—¿Qué en dónde están las almas puras? los séres virtuosos?—¿Qué quereis! los demás se interponen y nos los ocultan, procura-

rémós hallarlos, atizarémós nuestra linterna y buscarémós con afán incansable; y en prenda de nuestro buen deseo os empeñamos nuestra palabra, lector amigo, de indemnizaros con usura de vuestro desencanto, tan luego como en este dédalo de pollos encontremos un tipo, ya no del bello ideal, sino siquiera presentable.

A este fin, Facundo levantará el foco de su linterna desde la casa de doña Lola, desde la hojalatería de don Píoquinto Prieto, hasta esos palacios dorados que encierran altas y poderosísimas damas y encopetados negociantes. Tal vez allí tendrémós un modelo, un tipo digno, noble grande y capaz de exaltar nuestro entusiasmo.

Perdonadnos, entretanto, si esta ensalada no sigue revolviéndose, y la damos tan pronto por suficientemente condimentada; pero si en este pequeño

libro habeis podido hallar, mezclado al sabor de nuestra charla, algo que haya hablado á vuestra alma; si al leer habeis pensado en vuestros hijos; si os habeis detenido un momento á contemplar la situación moral del mundo, os afirmamos que esta suspensión contemplativa no será estéril en resultados, y acaso veais más claro el porvenir á la débil luz de la LINTERNA MÁGICA.

